

## MERECES

La bebé abrió los ojos. Sus ojos llenos de curiosidad. Y vio el cielo. Azul, inmenso. Un sol naranja salía por el horizonte. La luz le dio en la cara y se puso instintivamente la mano sobre los ojos. Su mano pequeña que olía a leche. Y la miró al trasluz. Le pareció preciosa y se la llevó a la boca. Y como el sol le hacía cosquillas, estornudó. Se quedó asombrada al escuchar su estornudo. Y con la babita, le salió una pompa en la boca. Estuvo un rato entretenida, explorando las sensaciones. Poco después, sintió hambre y comenzó a llorar. Su madre la tomó en brazos y le dio el pecho. Y la bebé bebió la leche caliente hasta quedarse dormida.

Cuando despertó, el sol estaba alto. Miró a su alrededor y vio el mar. Azul, inmenso. Era parecido al cielo, pero hacía mucho ruido. Las olas eran cada vez mayores. Sintió un poco de miedo. No, mucho miedo. Era algo que estaba ahí, por todas partes; un sentimiento que le llegaba de la gente que la acompañaba, incluso su madre. Comenzó a llorar. Primero bajito y después con desconsuelo. Su madre la acunó nerviosa. *Ya, ya, ya*, le decía. Y le volvió a dar el pecho, para que se calmara. Pero como no se quedaba tranquila, su madre le cantó una nana, muy bajito, acercando los labios a su oreja diminuta.

— Bebé preciosa de piel de seda  
y sonrisa dulce como un fruto maduro,  
mereces el sol que calienta tu cuerpo,  
mereces el aire que respiras confiada,  
mereces agua limpia para saciar tu sed,

mereces comida buena que te sacie y te conforte,  
mereces dormir en una cama cómoda y limpia,  
mereces el amor y el cuidado de los tuyos,  
mereces el respeto de tus semejantes,  
mereces que te curen cuando estés enferma...

La barca donde estaban comenzó a moverse cada vez más y la madre sintió frío en los pies. La gente achicaba el agua con desesperación, pero el nivel seguía subiendo; el cesto que servía de cuna a la bebé comenzó a flotar, igual que algunos hatillos de tela que contenían todo cuanto poseían aquellas personas; la madre se aferraba a la bebé, protegiéndola con su cuerpo, mientras le cantaba al oído para que no se asustara. Su voz se hizo más ronca y la nana se convirtió en una plegaria:

— Mereces vivir en un lugar donde te quieran,  
mereces que tu voz sea escuchada,  
mereces que se reconozca tu valor,  
mereces ir a la escuela y cumplir tus sueños,  
mereces que tu vida sea larga y tranquila  
porque mereces la vida, mi querida niña.  
Aunque sea lejos de tu tierra ...

El sabor del mar se mezcló con el de las lágrimas; eran una única sensación, amarga y fría. La vista de la madre se nubló mientras la niña dormía mecida por sus palabras, su plegaria era ahora una despedida.

En aquel instante, en el horizonte, un destello. Alguien gritó: *¡Ayuda!* Se extendió el clamor entre todos, como si el agua del mar se hubiera convertido en aceite. Un barco se acercaba. Los rescataron de su pequeña barca, justo antes de hundirse. Unas buenas personas les abrazaron, les dieron comida, mantas, cuidados.

Los ojos de la madre aún lloraban, pero era un llanto distinto. Su plegaría había sido escuchada y ahora entonaba un canto de esperanza para la bebé dormida, que sonreía en sueños:

— Bebé preciosa de piel de seda  
y sonrisa dulce como un fruto maduro,  
mereces una vida tranquila y digna  
... y la tendrás.

**Antonia Sánchez Verdejo**